

Gustavo Vega-Delgado

Refugiados, desplazados y migrantes

Veinte millones tienen hoy en el mundo el status jurídico y político de refugiados. Otros treinta millones se registran en ACNUR —Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados— como desplazados por la violencia. Y más de cien millones de seres humanos son migrantes. En sentido estricto, se puede a primera vista pensar que estos no son refugiados, pues en forma libre deciden buscar mejores condiciones de vida en otros países. Sin embargo, la mayor parte de las migraciones no son precisamente libres, son decisiones bravas, presionantes y dolorosas, atenazadas por la estrechez de los recursos que en los países natales viven los habitantes y sus familias. En una rápida relación nemotécnica, una cercana cifra a la población total del Brasil actual constituye hoy en el mundo la cifra combinada de refugiados, desplazados y migrantes.

A fines del siglo XIX, por una falla en la cosecha de la patata, la tercera parte de la población total de Irlanda migró a Estados Unidos y Canadá. En los años 70 y 80, Italia era el primer país exportador de personas, pero sin contradicciones, era quien más alta tasa de retorno tenía de sus migrados, tras una exitosa política de recepción y atracción de sus habitantes en la diáspora. Las guerras contemporáneas en los Balcanes, el Cuerno de África, Indonesia, Colombia, Afganistán, Irak, han catapultado la población que se moviliza desesperada fuera de sus fronteras. En el Ecuador diariamente hay 1,500 solicitudes colombianas de ingreso legal que desean huir de la violencia del sur de su país, sin contar con los ingresos *de hecho*, que son incontables. Uno de los artículos de la Declaración de los Derechos Humanos firmada por la mayor parte de los países del globo, prohíbe expresamente a los países miembros a repatriar a refugiados a sus países de origen, cuando hay previsibles consideraciones para pensar que su retorno forzoso arriesgará la vida o la seguridad de ellos. En contraparte, es inteligente, jurídico y ético el debate para acordar los límites del Derecho al Asilo y el de la Extradición, pues varios corruptos —banqueros y políticos— que han escapado de su patria, han buscado un seguro de vida cómodo, aprovechando la buena fe del Derecho al Asilo que a los improvisados huéspedes les conceden sus nuevos anfitriones.

Italia, Alemania, España están recibiendo junto a otros países europeos olas migratorias de África, Asia y América



Latina. La Unión Europea, para controlar la ola, puso recientemente restricciones y obligaciones de visas para varios países. El juego en balanza entre el rechazo y la aceptación de los países receptores a los migrantes se repite; polacos, irlandeses y otras minorías fueron culturalmente etiquetados y alejados de Norteamérica, aunque contradictoriamente Estados Unidos es hoy el país más fuerte del planeta, precisamente por la multiétnica y multiculturalidad en su proceso de conformación como Estado. Se sabe que los que migran son los más fuertes y esa fortaleza revierte con el tiempo en bien del país receptor. Al propio tiempo, olas migratorias conflictivas han producido preocupaciones en los países receptores: la aceptación de la deportación cubana de más de 100 mil ciudadanos del Puerto de Mariel a Estados Unidos en 1980, estuvo polémicamente aderezada con las críticas de que un alto porcentaje fueron población carcelaria.

Personalidades de América Latina y el Caribe han protestado contra las recientes condiciones de visado impuestas por España y la Unión Europea. En la Europa actual, la categoría migración polariza las banderías de la política entre la derecha y la izquierda. Obviamente, después del 11 de septiembre del 2001, las políticas migracionales a los Estados Unidos se endurecieron notoriamente. Un Acuerdo Migratorio que impulsa el gobierno mexicano es aún una propuesta en estudio. A lo largo de la zona fronteriza, visible desde Tijuana y otras

ciudades limítrofes, una valla metálica de algo más de dos metros de alto —inclusive penetra levemente hacia el mar— y de una interminable longitud, separa los dos países. ¿Un nuevo Muro de Berlín o una Cortina de Hierro, persistente aún en pleno siglo XXI? Sobrecoge en torno a la valla que una hilera interminable de gente está siempre en trance de pasarse al menor descuido, pero lo que más impresiona es otra hilera incontable de cruces improvisadas colocadas en el lado mexicano por familiares y activistas hispanos de los derechos humanos, cruces —a manera de un cementerio lineal— que dan cuenta de las identidades de las personas caídas durante el fallido intento migracional de tantas décadas. La frontera económica México-Estados Unidos es la más activa del mundo. Según referencias periodísticas, 30 mil centroamericanos intentaron pasar la frontera durante el 2002, aparte del resto de las otras nacionalidades latinoamericanas y de otras latitudes del mundo que hacen lo propio.

En El Salvador, los dineros de retorno de sus migrantes a Estados Unidos y Canadá es la primera fuente de divisas. En México, este rubro se calcula en 6,800 millones de dólares y es la tercera fuente de divisas, luego de los productos manufacturados y el petróleo y antes que el turismo, dinero enviado por los quizá 15 millones de mexicanos que viven y producen al norte del Río Bravo. En Ecuador, es la segunda fuente de divisas —1,300 millones de dólares— luego del petróleo, por encima de las exportaciones combinadas de banano, cacao, camarón y atún. Las razones económicas y sociales han permitido que en varios países en donde la migración es dominante, ella se haya convertido en una política de Estado; varias acciones e instancias ministeriales y de ONG's laboran en el tratamiento sistemático y programado de las acciones a tomarse, frente a sus conciudadanos en la diáspora.

En el caso del Ecuador, la Cancillería ecuatoriana ha puesto prioridad en los acuerdos migratorios con España y pronto intenta hacer lo propio con Italia. Por otro lado, no hay cálculos precisos y confiables sobre cuántos ecuatorianos logran su cometido en llegar a Estados Unidos; sí en cambio se tienen cifras exactas de los devueltos. El año 2000, cerca de cuatro mil ecuatorianos fueron detenidos en México en su frustrado intento de cumplir el sueño americano; en lo que va del 2001, la cifra tiende a crecer de los detenidos en la ruta de la migración, repatriados a Ecuador, que a su vez sólo estarán de paso en su tierra, porque hay quienes intentan dos, tres, cuatro veces, retornar por la Odisea moderna, en un viaje de Ulises actuales cuya travesía dura entre 6 y 7 meses con penurias inverosímiles, merecedoras de novelarse. En cálculos, con reservas, mientras 12 millones de ecuatorianos viven en su tierra según el reciente Censo del 2002, 1 millón y medio radicaría en Estados Unidos y Canadá y medio millón adicional en España e Italia.

En el Centro de Detención Migratoria, en Iztapalapa, Ciudad de México, se mantiene dos meses en promedio a los indocumentados, hasta que en convenio con las aerolíneas,

previo trámite de salvoconducto en el Consulado General del Ecuador, retornan al país; en aquel lugar, la población detenida por país más numerosa es la ecuatoriana, pues si bien los detenidos centroamericanos son más, se les devuelve inmediatamente en el límite de la frontera al Sur. Una intensa campaña de solidaridad entre la Embajada de Ecuador en México, el Consulado y los ecuatorianos residentes en México, Ecuarmex —en contacto con ONGs que laboran en la materia casa adentro del Ecuador—, está en plenitud buscando apoyos múltiples: legal, médico, psicoterapéutico, logístico, recreativo, cultural, humanitario en suma, en favor de quienes con frustración han experimentado que su propia tierra —el Ecuador— es Madrastra en vez de ser Madre. *Rimini llacta rimini... Voy a vivir patria mía en un lugar distante y lejano...* iniciaba un poema en kichua Luis Cordero, de tremenda actualidad en el Ecuador de hoy, tierra de migrados. Empero, más allá de análisis fatalistas y a pesar de que la migración tiene impactos devastadores —ausencias y silencios humanos, familiares, laborales— a la vez acumula efectos positivos importantes, no siempre medidos con las penas y penurias de las primeras generaciones, ni tampoco con el parcial análisis de los dineros de retorno.

Identidad, aculturación, transculturación, poder

Los grados de asimilación de un migrante a la cultura receptora, dependen de múltiples variables. La barrera del idioma, si similar o diferente y su acceso para aprenderlo, la distintividad de la cultura, las presiones del trabajo y su condición, el grado de instrucción, la edad en la cual se migra, también juegan su rol la extracción de clase y el género, así como los nexos y contactos humanos con sus compatriotas. Los altamente educados, se ha probado, tienen aculturaciones más difíciles en general, sobre todo si no tienen la oportunidad de, en el nuevo país, desempeñar funciones profesionales o académicas con las cuales existía familiaridad antes de la migración. Los varones jóvenes tienden a enfermar mentalmente más que sus contrapartes femeninas, en especial de esquizofrenia; las mujeres lo hacen más con las depresiones; las tendencias al alcoholismo y dependencias, dadas las rigideces del nuevo trabajo, son desalentadas o retardadas en algunos migrantes al menos en un primer tiempo. En países en donde las minorías de su cultura se han organizado en colonias o barrios afines, su estabilidad emocional es más alta, aunque su aculturación puede ententecerse. Las personas de más edad son más difícilmente asimiladas en la cultura nueva. Hay estudiosos que han trabajado además sobre la investigación de la percepción de autosentirse marginados o discriminados, en relación a los grados y matices de aculturación de los migrantes. En el caso latinoamericano, tal sensación existe con más notoriedad. En los ecuatorianos, su grado de aparente docilidad y adhesión responsable al trabajo permitirían éxitos económicos visibles, status y reconocimiento, aunque no necesariamente con adecuadas dosis de aculturación. Algunos autores han distinguido “aculturación” de “transculturación”: la primera implica un proceso de asimilación no violenta a otra cultura; la segunda implica niveles de transgresión e

imposición. Se habla de innovación, cuando a la matriz básica de una cultura se han incorporado cambios que sin deformar el patrón central de esa conducta, la transforma o renueva.

La identidad, por otro lado, depende mucho del factor éxito. Podría aceptarse que a mayor éxito en el país receptor, menos identidad con su cultura matriz; sin embargo, no es tan lineal esta supuesta hipótesis. El grado de apego a la gastronomía de origen, a los valores tradicionales y el desarraigo en sí, permiten que la identidad nacional y cultural crezcan considerablemente a pesar de haber percibido ingresos notables. El deseo de retorno parece además jugar un interesante papel en el grado de congruencia emocional en los migrantes: acumular el sueño de regreso parece apoyar su estabilidad psicológica, aunque en la práctica el retorno se retarde o nunca llegue. Durante la elaboración de la Nueva Constitución del Ecuador, percibí de primera mano la presión persistente de dirigentes de los migrantes para que se aprobaran cambios jurídicos ambiciosos a favor de esas poblaciones, de sus intereses y necesidades, asunto que consiguieron a través de un inteligente cabildeo. No hay que descartar la doble identidad cultural del análisis, pues dado que muchos países permiten hoy jurídicamente la doble nacionalidad, asumirse latinoamericano y norteamericano a la vez, aunque fuese solamente en el sentido legal, coopera para que las identidades conflictivas y en permanente choque, se suavicen y entren en menor fricción emocional interna.

Por otro lado, cabe detenerse en la teoría de la *Melting Pot*, enunciada por Gordon, exhibida en la cultura receptora. Mediante esta tesis, se sugiere que no existe una cultura propia y específica en Estados Unidos, sino que el comportamiento social obedece a una sumatoria de comportamientos de las distintas nacionalidades que la integran. A pesar de que hay quienes han refutado esta hipótesis, habrá que observar si, dado que Estados Unidos recibe tantas personas con distintas nacionalidades del mundo, al momento de analizar el comportamiento latinoamericano en Norteamérica, varios componentes de identidad, valores y cultura asumidos, podrían ser parcialmente asimilados, a partir de influencias griegas, italianas o asiáticas, por ejemplo, dependiendo de sus contactos y nexos mutuos y no sólo de la macrocultura dominante de Estados Unidos.

Es conocido el estudio, desde las ciencias de la conducta, de que los tres sentimientos básicos del ser humano son filiación, ambición y poder. La capacidad de interrelacionar los tres, determina en mucha medida el grado de congruencia y realización integral de las personas. Los migrantes latinoamericanos, dependiendo de su condición social y económica, buscarán prioritariamente en forma distinta y con distinto peso, la consolidación de cada uno de estos tres sentimientos básicos. Sin embargo, las percepciones del poder logrado pueden variar en cada grupo poblacional migrante. La compra de tierras o casas en el país de origen coopera para acrecentar la demostración del poder y el éxito logrados en ultramar. La exposición de la adquisición de bienes de casa, en particular electrodomésticos—siguiendo el patrón del *american*

way of living— puede ser el termómetro social de su acierto migracional. En ciertos núcleos campesinos, el *priostazgo*, la capacidad de ser mecenas de fiestas religiosas o auspiciantes de jornadas cívicas y ciudadanas filantrópicas, enarbola un nivel de prestigio y asentimiento social que eleva su autoestima. El poder puede medirse por el éxito profesional al retorno en grupos más educados. Difícilmente en las primeras generaciones, el empoderamiento se relaciona con la sociedad del país receptor; las comparaciones de ambición y poder consolidados se hacen en el ejercicio de mensurarse entre sí latinoamericanos, antes que medirse con los termómetros del éxito del país receptor. En segundas y terceras generaciones de migrantes, el balance del poder dependería más de las relaciones con la sociedad receptora.

La población latinoamericana en Estados Unidos avanza hacia constituirse en la primera minoría, desplazando a la población afronorteamericana a un tercer lugar. La lucha por el poder puede mirarse con distintas variables y referentes que es preciso develar: por ejemplo, el poder a través de la solidaridad y la acción social, que podrían ser nuevos comportamientos que distancien los tradicionales intentos de hacerlo con la acumulación individual de bienes y riqueza. El acceso al poder universitario, técnico y político, en no pocos descendientes latinoamericanos, empieza a observarse consistentemente en Estados Unidos. El prestigio podría además ser observado a través de otros componentes, algunos disimulados o mimetizados, que traducirían valores de un distinto empoderamiento, que quizás rompan o al menos difieran con el clásico *american way of living*. Tampoco hay que asumir que los subcomponentes de los distintos países de América Latina son idénticos: hay distinciones culturales que analizar entre argentinos, colombianos o mexicanos, por ejemplo, que podrían dar resultados de comportamiento diferencial frente a la identidad, la aculturación y el poder, de cara a la migración.

La importancia conferida al castellano como segundo idioma en varios estados de la Unión Americana, da cuenta por otro lado de la creciente importancia del *poder hispano*. Electoralmente, el voto latinoamericano condiciona políticas y candidatos cada vez con más fuerza. Baste recordar que el respaldo del voto cubano en el exilio en Florida dio el triunfo a George W. Bush en su carrera final a la presidencia de EUA. Tomemos nota de ello. ■

Gustavo Vega-Delgado. Ecuatoriano. Doctor en Medicina y Licenciado en Filosofía, con Maestrías en Ciencias (Psiquiatría), Antropología y Artes de las universidades de McGill, Canadá, y Harvard, EUA. Ha sido rector de la Universidad de Cuenca, Ecuador; presidente de la Asociación de Universidades Peruanas y Ecuatorianas; Vicepresidente de la Unión de Universidades de América Latina (UDUAL); presidente de Amnistía Internacional, capítulo Ecuador; y Vicepresidente de la Comisión de Redacción de la Constitución actual del Ecuador. Ha escrito diez libros sobre temas de antropología, derechos humanos, psiquiatría transcultural y temas universitarios. Fue Embajador de la República del Ecuador en México. Es miembro del Concepto Editorial de *Archipiélago*.